

Stefan Zweig y Georges Bernanos en el Nuevo Mundo

Jean-Jacques Lafaye

A fines de 1940 o comienzos de 1941, a unos trescientos kilómetros al norte de Río de Janeiro, Stefan Zweig llegaba a Barbacena deseando encontrarse con Georges Bernanos. Lo llevaron fuera de la ciudad hasta la villa *Cruz das Almas*. Como había llegado sin anunciarse, creyó molestar a Bernanos, cuyo mal carácter era notorio. Pero fue recibido con benevolencia: la ardiente piedad del escritor francés se estremeció. Zweig estaba agobiado por la guerra y conmovido por las persecuciones a los judíos, cuyo eco se volvía más doloroso por la distancia. Ambos hombres conversan amablemente. Reconfortado, Bernanos ofrece hospedar a Zweig durante unos días, pero éste rechaza la invitación. Es cuanto sabemos de este encuentro singular.

Aparentemente, no hubo empatía mutua. No volvieron a verse. Zweig se suicidó poco después, junto con su mujer. Bernanos condenó, con esa sutil violencia que lo caracterizaba, esta tragedia. ¿No tenían realmente nada en común estos dos exilados? Es la pregunta que nos planteamos.

En 1936, Stefan Zweig descubre América del Sur participando del congreso del PEN Club que tiene lugar en Buenos Aires. También acepta ser invitado al Brasil. De la Argentina sólo conserva la amargura de haber observado a sus amigos Jules Romains y Georges Duhamel complotando para obtener la presidencia internacional de la institución. Lo decepcionó ver de tal manera escarnecida la idea que se había hecho de la misión del escritor en el mundo. No pudo gozar del consabido encanto europeizado de Buenos Aires: su alma estaba en Europa, esa Europa suya que se encaminaba a la guerra. Su corazón latía por el Brasil, donde pasó tres semanas. Fue regiamente recibido: lo acogieron las más altas personalidades del gobierno, los presidentes de las academias, periodistas de todos los medios. Para los brasileños de aquella época, Zweig era el mayor escritor del Viejo Mundo. Todo había sido previsto para honrar al europeo: una *suite* en el mejor hotel, un coche con chófer, un funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores a su entera disposición.

El caluroso entusiasmo de esta bienvenida deslumbró a Zweig, que llegaba de la fría Inglaterra. Visitó los museos, los jardines, los barrios pobres y los ricos, el mar y la montaña. Este torbellino de imágenes novedosas

arrebató su admiración. Pero, aún más que la promesa de los inmensos espacios, lo fascinó el fácil contacto con la gente. No entendía el portugués pero su acento cantarín lo encantó y la manifiesta alegría del temperamento brasileño acabó de seducirlo. La sencillez del carácter de la gente pobre y la urbanidad de las personalidades que lo recibieron le devolvieron el perdido gusto por la vida.

En 1936 hacía ya dos años que Zweig había dejado Austria, cuando la policía requisó su mansión de Salzburgo en busca de armas. Se quería intimidar a los judíos y preparar lo que luego sucedió. Zweig, hombre de ensueños felices, tenía también el olfato infalible de los inquietos: la previsión. De la mañana a la noche hizo sus maletas, vendió su casa, dispersó su extraordinaria colección de manuscritos. Sus libros habían sido prohibidos e incinerados en Alemania. Sin embargo, los judíos seguían refugiándose en Austria. Previsor, Zweig se instaló en Londres. Allí trabajó para no desesperar, previendo la desesperación futura. Escribe *Erasmus* y *Castelio*: dos grados de la sabiduría, el refugio en las alturas del espíritu y la rebelión por medio del espíritu y la pluma. Se entiende entonces que el descubrimiento del Brasil le haya devuelto esa juventud que lo había abandonado, en esa suerte de caótico y grandioso paraíso cuyo único rasgo de violencia era la conquista de la naturaleza por el hombre. Todas las razas lo habitan sin chocar y se mezclan entre sí, reivindicando todos, sonrientes, el honor de ser brasileños.

Resumiendo: Zweig encuentra en América del Sur un arte de vivir que la destrozada Europa ha perdido. Se promete volver en cuanto pueda. No obstante, pasarán cuatro terribles años antes de que el sueño se cumpla. En ese país donde las ediciones piratas de sus libros se multiplican, él cree que un hombre puede renacer. En el barco de regreso, encara la redacción de *Magallanes*, el navegante loco que demostró la redondez de la Tierra. Sentado en una confortable cabina, volviendo de una tierra de pioneros, da vida a la dramática epopeya de los marinos. Pero sobre todo le interesa el carácter de Magallanes, cuyos esfuerzos y pensamientos se dirigen por completo a un fin único: conquistar lo imaginario con sudor y sangre, cumplir una empresa inmortal. Zweig resucita esta grandeza con la mayor persuasión porque le resulta inaccesible. Siempre experimentó la aventura y cuando decide volver al Brasil para revivir, es porque la ha elegido.

En 1938, Bernanos se embarca en Marsella, al frente de diez personas, entre ellas seis niños con su madre. Ante las dificultades de la vida, su íntimo grito ha sido siempre: «¡Abran paso!» Se le ha exacerbado el sentido de la anticipación y siente acercarse la vergüenza del pacto de Munich. Ve

decaer a Francia como ha visto de cerca la Guerra Civil española cuando vivía en Mallorca. Enterró sus sueños de guerra santa y dejó estallar su santa indignación. Acaba de publicar *Los grandes cementerios bajo la luna* que ha provocado la ira de sus antiguos amigos políticos y la desconfianza de los otros: su libertad de pensamiento se lleva mal con esta época de deserciones. Casi al mismo tiempo ha editado *Diario de un cura rural* y obtenido el Gran Premio de Novela otorgado por la Academia Francesa. Está en el centro de la actualidad literaria y política. Sus finanzas –el drama de su vida– mejoran y ha llegado el momento, para este enamorado del honor francés, de marcharse. Su intransigente sinceridad y su verdadera generosidad lo han metido en todos los jaleos. Padre de seis hijos, sin más recurso que su caprichosa pluma, Bernanos se vio siempre en increíbles apuros de dinero. Desde hace tiempo le hablan del Paraguay como de un módico paraíso. Ha llegado el momento de partir. No duda. Este hombre sediento de paz se arriesga en lo desconocido: la desazón que le produce esa Europa sin espiritualidad, que corre hacia su ruina calentando máquinas, lo ayuda a dar el paso. Porque Bernanos fija su mirada azul en el sueño de un mundo nuevo. Quiere llevar su búsqueda lo más lejos posible. Tiene cincuenta años, una obra a sus espaldas, anda con bastón a causa de un antiguo accidente. Su fama lo precede y sus hijos son jóvenes: es hora de reconstruir la vida. Lanzándose a tamaña expedición, ¿pensaba Bernanos volver a Francia al cabo de cierto tiempo? Prefiero dudarlo: su loca decisión de convertirse en un agricultor paraguayo le obliga a invertir toda la ineluctable fuerza de su alma. Bernanos partió hacia el lugar de su muerte tras haber vivido muy cerca de sus sueños. Llegado a Asunción, choca con los jesuitas, a los cuales detesta desde sus años de estudiante en el colegio de la calle Vaugirard, cuarenta años atrás. Tras un viaje de varios miles de quilómetros, el encontronazo paraguayo es fuerte. A los diez días vuelve al Brasil. Para Bernanos, cristiano prendado de la eternidad, es el momento de improvisar obligatoriamente cada día. Desde que puso el estropeado pie en el Nuevo Mundo, quiere quedarse en él. Durante dos años cambiará continuamente de casa, desde Río donde hace rápidas amistades, hasta Pirapora donde cría ganado, pasando por Itaipava, Juiz de Fora, donde escribe *El escándalo de la verdad*, Vassouras y, para terminar, Barbacena, donde adquiere una casa reconstruida según el modelo de una granja francesa y donde escribirá combativos artículos.

Hasta julio de 1940, Bernanos llevó la misma vida infernal que en Francia. Dos años trágicos que enfrentan al hombre con su deseo de construir una vida apacible y el sufrimiento de ver cómo se hunde Francia. Clama por la imposible restauración monárquica y, como cristiano, espera la vida

eterna. «Puedo decir que es lo único que espero» escribe desde Vassouras, en *Nosotros los franceses*. Cuando se convierte en criador de vacas y recorre a caballo su vasto dominio ocasional, donde se diseña la esperanza de una existencia asegurada, su país cae derrotado. La explotación agrícola fracasa. Bernanos no está hecho para ella. Pero no tiene tiempo de resignarse: los acontecimientos europeos acaparan su energía porque este hombre que sufre en el Brasil y que ve frustradas sus tentativas, comprende enseguida que los brasileños aman a Francia más que los franceses y comparten su dolor. Pero él quiere gritar su dolor. Los periódicos brasileños le abren sus columnas y le pagan regularmente. Sus obras son traducidas a esa lengua portuguesa que no se ha tomado el trabajo de aprender. Mientras Francia se dobla, Bernanos se yergue. Por primera vez en su vida de escritor— y gracias a la privilegiada amistad que lo une con Virgilio de Mello Franco —conocerá la tranquilidad económica y podrá poner todas sus fuerzas en el combate moral.

El mismo mes de julio de 1940 Stefan Zweig desembarca en Nueva York. Vuelto a casar desde hace poco con su joven secretaria, arrojó a la cara del invasor alemán un «¡No nos tendréis vivos!» y decidió volver al Brasil. Se queda apenas unas semanas en los Estados Unidos, estimulado por la animación ciudadana, inconsciente de la magnitud del drama europeo. Desde hace cuatro años la muerte lo ronda en diversas formas: la anexión que somete Austria a los nazis, el divorcio que consuma su ruptura con Friederike, compañera suya durante veinticinco años, la muerte de su madre, la confiscación de sus bienes en Salzburgo, el suicidio por alcohol de su amigo Joseph Roth, el París de su juventud en manos de sus enemigos, y la ronda infernal de los refugiados que lo acosan con sus demandas. *Formerly writer, now expert in visas*. Stefan Zweig acabó obteniendo la nacionalidad inglesa y consiguió que Lotte Altmann, nieta de un rabino polaco, se beneficiara de ella por medio del matrimonio. Él escribe en una lengua en la que ya no se lo lee, sólo conserva un público en el mundo libre gracias a las traducciones porque el éxito de *María Estuardo* y de *Inquietud del corazón* es indudable. Este hombre destrozado por todos los despojos nunca conocerá la pobreza. Su resto de vitalidad se vuelve contra él, desgarrado por la agonía europea. Todavía acaricia el proyecto de retornar a Inglaterra donde compró una casita en el campo, para terminar su gran obra: *Balzac, la novela de su vida*. Los manuscritos en alemán han sido retenidos por la aduana inglesa. Pero, de momento, el Brasil otorga un rostro a todas las frustradas esperanzas. A los periodistas norteamericanos que lo acechan con sus preguntas, nada dice que pueda ser interpretado como un llamado a la guerra: pacifista desde 1916, sólo le queda la fidelidad para sobrevivir